

Morir en el Vietnam

Ha comenzado en los Estados Unidos la revisión sistemática de la actuación en el Vietnam. Entendámonos, de los errores cometidos en el Vietnam, no de la inoportunidad e incluso la presencia injusta de las tropas norteamericanas en



Napalm USA.

la península Indochina. Tanto en el cine como en la literatura —lo que posteriormente se traduce en telefilms— hay un saldo del pasado bélico. Philip Caputo, un periodista del *Chicago Tribune*, ha escrito un estremecedor documento (1). No tanto por lo que de cruel se desprende de sus páginas, sino por la insensibilidad del propio Caputo ante el Vietcong, ahora, casi diez años después de su intervención en Danang.

"Un rumor de guerra", podría ser perfectamente el manual de un legionario o el diatribo de combate de un joven oficial de las SS. Procedente de los suburbios moderadamente acomodados de Chicago, el joven Caputo tiene la oportunidad de formarse como oficial de "marine". Un cuerpo elitista y de obediencia ciega. Es, como él confiesa, una víctima del encanto Kennedy, del ideal de "¿qué podéis hacer por nuestro país?". Entrenado con dureza, limadas todas las aristas humanas, Caputo, al frente de una sección, es internado en el laberinto vietnamita, entre el lodo, los monzones, el arrozal, la emboscada y la corrupción de retaguardia. Se encallece en la lucha cotidiana en una difícil frontera en la que no siempre es posible distinguir al enemigo —diferenciar entre vietcong y población civil—, en un clima

de burocratismo militar inconsciente.

"Es un vietcong —afirma un oficial a los novatos— toda aquella persona que sea divisible y se mueva a partir de las diez de la noche". Entregado a la mecánica de la destrucción, sólo diez años después Caputo llega a preguntarse cuál era su misión en Vietnam. No hay respuesta, porque ya los Estados Unidos han renovado sus equi-

pos. Se pierde una guerra, pero se gana una experiencia. Que otros —léase Francia, Marruecos y ¿por qué no? España— intervengan por ellos. Esa es, sin duda, la gran lección que el reportero del *Chicago Tribune* extrae de la actuación de las Fuerzas Armadas norteamericanas en una de las guerras más violentas de la Historia. Molesto por la "acción directa" describe las alucinaciones de las secciones de "marines", donde sus "locuras" acababan, generalmente, con el arrasamiento de aldeas y poblados.

Caputo vuelve como correspondiente al Vietnam diez años y un mes después de su primer desembarco. Dedicó el último capítulo de su libro a la derrota definitiva de los norteamericanos y sus aliados marionetas, un llamado Ejército vietnamita del Sur, plagado de desertores, de infiltrados, de pánico. Los americanos sólo pensaban en "volver a casa". Caputo manda sus condecoraciones al Presidente Nixon y se une al Grupo de Veteranos del Vietnam Contra la Guerra. Contra una guerra en la que morían ellos, los norteamericanos. La trayectoria posterior de Caputo, reportero en Medio Oriente, donde estuvo prisionero de un grupo palestino, lo que le valió un premio periodístico, indica que no había ningún remordimiento por la actuación de los "marines" en Vietnam, sólo rabia por su impotencia, al perder una guerra contra una diminuta nación oriental. ■ F. G.

(1) Philip Caputo, "Un rumor de guerra". Lo que la guerra hace del ser humano. Habla un "marine". Argos Vergara. Barcelona, 1978.

CINE

"Maîtresse"

Nueva película de Barbet Schroeder, autor igualmente de "More", "La Vallée" y "General Idi Amin Dadá", que vuelve con su técnica preferida: la de ofrecer un tema ambicioso y espectacular para desarrollarlo en términos horteros y superficiales. Si el mundo de la juventud drogadicta en "More", el de la huida a mundos nuevos en "La Vallée" o el de las dictaduras políticas en "Amin" eran pretextos para deslizar términos reaccionarios (o por su propio punto de vista o por la ligereza y frivolidad con que se planteaban, como era el caso de "Amin"), "Maîtresse" es un paso más en esa línea, muy a pesar de que el propio Schroeder se empeña en no querer cerrar su película con moralismos ni con personajes castigados por el destino; al contrario, parece que ese final en el que los personajes continúan vivos y sonrientes es como un desafío, como una justificación del autor para explicar a un público sus-

ecran 43



"Maîtresse", de Barbet Schroeder.

picas que él no ha tomado un partido crítico frente a las prácticas sadomasoquistas que la película narra profusamente.

Es en este aspecto donde creo que se encuentra ese tufillo conservador y hortera antes citado. Si bien en un plano teórico pueden resultar correctos los términos de la narración de Schroeder por los que se contempla la doble vida de una prostituta encargada de mantener un local especializado en prácticas masoquistas y su afán por vivir una historia de amor tradicional, y esa doble vida se ofrece además gráficamente en

Balada para una neurasténica

No todo iba a ser oportunismo, bazofia literaria ofrecida con la coartada de las recientes décadas ominosas. Ramón Ayerra acaba de publicar "Las amables veladas con Cecilia" (Editorial Digesa), libro verdaderamente ejemplar e inusual en el panorama de la narrativa española de los últimos años.

Utilizando una técnica coloquial, con el despliegue de un realismo poético y los recursos de un lenguaje casi únicamente vivo entre las clases populares, ha compuesto Ayerra un impresionante fresco en el que se va dando cuenta pormenorizada del acontecer nacional.

El relato se articula en veintidós veladas, andrúquicas en el tiempo y el espacio, que el narrador comparte con una dama neurasténica a la que trata de aliviar sus padecimientos rindiendo puntual noticia de su deambular por las villas y aldeas de la geografía nacional. En rigor, el cuentista, narrador o pregonero de cordel oficia de Cojuelo-Scheherezade con Cecilia; de su libreta con tapas de hule van saliendo historia tras historia, que este minucioso observador de la realidad pone ante los asombrados ojos de la enteca señorita. Como un Bosco de nuestro tiempo va conformando un universo sarcástico en el que ridiculiza vicios y virtudes por igual. País, paisaje y paisanaje van desfilando a lo largo de cada velada en un soberbio ejercicio literario en el que la etopeya alcanza registros de primera magnitud.

Cecilia, que hasta entonces sólo había contemplado la vida a través del mirador de su morada, tratando de olvidar aquel señorito perdid que en un tiempo encandiló su corazón, atufada la razón por tanto despropósito e iniquidad, comprendió que los españoles no éramos justos y benéficos como proclamara la decimonónica Constitución, y decidió introducir un cambio radical en su nocturna colación: la cotidiana y reconfortante sopa Juliana fue sustituida por un decisivo consomé de barbitúricos que puso fin a su existencia.

De Ramón Ayerra diremos, para terminar, haciendo nuestras las palabras del gran Walter Benjamin: "Entre aquellos que han puesto historias por escrito, los grandes son quienes en su relato se separan lo menos posible de lo que tantos otros les contaron anónimamente". ■ JAVIER ROCA.